

El poder del *slogan*. El vacío de la educación¹

*Alberto Carvajal**

RESUMEN: Apoyado en dos tesis, una que viene del horizonte de la educación y la otra de la biopolítica, el presente trabajo intenta responder a un interrogante: ¿está la universidad pública en condiciones de recorrer un camino que no sea el de la repetición del *statu quo*? Consideramos que una vía posible es tomar a nuestro cargo aquello que al sistema educativo no le interesa: su vacío.
Palabras clave: educación, poder, biopolítica

ABSTRACT: Based in two thesis, one of them comes from education horizon, and the other from the biopolitician, this essay have the purpose to answer one question: is it possible that the public university can not repeat the *statu quo*? We considered one way, to take account what the education system is not interested in their empty space.
Key words: education, power, biopolitician

Planteamiento

Tratemos de ubicar una manera de encarar un hecho cuyo estado nos concierne en tanto integrantes de una comunidad universitaria: el desmoronamiento del sistema educativo.

¹ Texto presentado parcialmente en el coloquio “Los vacíos del poder”, Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, noviembre de 2005.

* Profesor-investigador del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

Compelidos por las tendencias globalizantes no podemos aislarlos, ni quedarnos al margen, ni retroceder –advertidos de que la reversa también es una velocidad–, tampoco conviene que nos dejemos simplemente llevar por dichas tendencias, práctica que además nos es conocida de todos los días. Quizás de lo que se trate sea, primero, de desmenuzar la materia de la que está hecha, al menos en un tramo, la cuestión educativa; y, segundo, de precisar una experiencia en la práctica universitaria.

Para acometer el primer punto veamos la tesis de Simon Marginson (Premio Asociación Estadounidense de Investigación Educativa) en relación a lo que se denomina “educación para el empleo”. Nos dice Marginson que ésta ha destruido los sistemas de educación del mundo.

Nos advierte que la reforma educativa, particularmente a nivel secundario, al restar espacio al área de humanidades a favor del fortalecimiento del área de habilidades, ha resultado una receta para producir animales que puedan hacer cosas y no para formar seres humanos.

En este sentido es conveniente citar una relación directamente proporcional que se ubica en aquellos países cuyas sociedades se han supertecnificado, pensemos por ejemplo en los países escandinavos; relación entre un desarrollo económico que pareciera haber erradicado la pobreza y el alto índice de suicidios que los datos duros reportan. No se trata de defender, por otra parte, una relación opuesta. Es conveniente, en todo caso, matizar la propuesta paradigmática de la supuesta evolución social: a un sistema educativo tecnificado, es decir “modernizado”, correspondería un mayor desarrollo económico. Retomaremos este punto más adelante.

Marginson señala, hablando de las universidades, que la universidad elitista de investigación reproduce la estructura de la sociedad y la posición de los alumnos de la clase media alta; en cambio, la universidad pública tiene una relación muy intensa con el entorno social, y cita, a manera de ejemplo, el caso de la Universidad Nacional Autónoma de México.

A propósito de lo anterior queremos insertar dos interrogantes:

Si la universidad elitista reproduce la estructura social imperante, ¿qué reproduce una universidad pública? (Convendría en este punto precisar que una universidad “privada” como en nuestro medio se nombra a lo que Marginson llama “elitista”, opera en una contradicción: si es privada no sería universidad, el derecho de una universidad es no *privarse* de las posibilidades de estudio, formación, investigación e intervención, en y de aquello que conviene a una sociedad en su conjunto.)

Y segundo: ¿Podría tener la investigación universitaria otro carácter que no sea sólo la *reproducción de la estructura social*?

Discusión

Tomemos dos apoyos para continuar. Uno, la ya citada tesis de Marginson y la propuesta que nos hace Giorgio Agamben devenida de una lectura de lo que fue el *Lager* nazi: los campos de concentración.

La “educación para el empleo” muestra una de las caras de la cuestión educativa: aquella que se resuelve en el sentido de una fábrica de refacciones que de esa manera asegura el funcionamiento de la máquina social. Cada tuerca, cada engranaje presto a funcionar, de lo contrario, es susceptible de reemplazo. Si otrora se hablaba del obrero en tanto apéndice de la máquina; ahora, la escuela, la universidad han sido tomadas por esa misma lógica: la formación académica universitaria resulta secuestrada por *Das Kapital*.

Hasta aquí no dijimos nada nuevo, *remember Althusser*. Es más, es bastante añoso. Esta vieja máquina educativa ya tuvo un parteaguas en nuestro país: el Movimiento Estudiantil del 68, *ese enloquecido movimiento de la pureza*, como le llamara José Revueltas. Lo que sucedió después fue su consagración, de la que la Universidad Autónoma Metropolitana, y en particular la Unidad Xochimilco, entre otras propuestas innovadoras a nivel educación superior, formó parte.

No es mi intención entrar en detalles históricos; si me permiten, quisiera guiarme por la tesis de Marginson (el desmoronamiento del sistema educativo) y ubicar que lo que ocurrió hace casi cuatro décadas es más vigente de lo que fue entonces. Veamos cómo operó dicho desmoronamiento en nuestro país, tomando algunos indicios.

Después de la década de los sesenta, llegaron unos 15 años del último estertor por el cual aún la universidad pública era el catalizador del tejido social: pasaba por sus aulas la rueda de la historia nacional. Los problemas que atañían a la sociedad eran discutidos en el *Alma Mater*, y así ocurría en tanto eran públicas y se realizaba uno de los ejercicios organizadores de la cuestión colectiva; si me permiten continuar con la metáfora, todavía en esos años la universidad pública, aunque ya desvenecada, era el telar de la estructura de la vida nacional.

En la década de los ochenta hace su entrada en la política la economía, la macroeconomía. La vetusta máquina universitaria pública entra en un gran y prolongado deterioro, como diría Assa Cristina Laurell (en su conferencia “¿Qué se espera de los profesionales en el Sector Público?”, dictada el 26 de octubre de 2005). La UAM no fue la excepción, un botón basta de muestra: a partir del 84, los movimientos reivindicatorios de los derechos de los trabajadores iniciaron su declinación en tanto fuerza política de vanguardia en el quehacer educativo.

Simon Marginson nos dice que la universidad elitista de investigación reproduce el orden imperante; si convenimos en que es así, estamos en condiciones de interrogarnos acerca del papel que tiene la universidad pública junto con *la intensa relación con su entorno social*: ¿estará en condiciones de sustraerse a esta política?

La intensa relación con su entorno social ha dejado de ser la medida de su altura; es el prestigio académico el que se calibra ahora en comparación con las instituciones educativas *privadas*, competencia que en la lógica impuesta hace dos décadas jamás será nivelada por la sencilla razón de que los intereses en juego son distintos y, sobre todo, porque el prestigio de las universidades *privadas* está asentado en el desprestigio de las universidades públicas. Desprestigio que impide hacia el interior de cada institución pública reestructurar o incluso refundar su estructura en el marco de preservar el interés colectivo y no de intereses particulares y resistencias burocráticas.

Llevados por Agamben, echemos un vistazo a su tesis de *el campo*:

Nos dice que en cuanto sus habitantes fueron despojados de todo estatuto político fueron condenados a una vida totalmente vegetativa,

el campo es también el espacio biopolítico² que se haya realizado jamás, en el cual el poder no tiene frente a sí nada más que la pura vida biológica sin mediación alguna. Por esto el campo es el paradigma mismo del espacio político en el punto en el cual la política se convierte en biopolítica y el *homo sacer* se confunde virtualmente con el ciudadano. La pregunta correcta respecto a los horrores cometidos en los campos no es, por tanto, la que interroga hipócritamente cómo ha sido posible cometer delitos tan atroces a los seres humanos; más honesto, y sobre todo más útil, sería indagar atentamente a través de qué procesos jurídicos y de qué dispositivos políticos los seres humanos hayan podido ser privados enteramente de sus derechos y de sus prerrogativas, hasta el punto de que cometer cualquier acto contra ellos no resultara un delito (en este nivel, en efecto, todo era verdaderamente posible). Si esto es verdad, si la esencia del campo consiste en la materialización del estado de excepción y en la consecuente creación de un espacio para la vida vegetativa como tal, deberíamos admitir, entonces, que nos encontramos potencialmente en presencia de un campo cada vez que se crea semejante estructura, independientemente de la entidad de los

² La tesis de Giorgio Agamben puede resumirse así: la relación entre *el poder soberano y la nuda vida* (expresión dada como subtítulo a la obra) es una relación de captura, sobre la base de una estructura de excepción. En tanto que es eso que instituye un orden jurídico, el poder soberano debe conservar al mismo tiempo la posibilidad de suspenderlo. De este modo se procura, en el sentido de este orden, un espacio de excepción. Es sólo por esto último que el orden instituido, el espacio normativizado, adquiere su consistencia, ya que solamente en la medida en que el poder mantiene la posibilidad de manifestar de nuevo su potencia fundadora, estará en condiciones de imponer la normalización que de él proviene. En otros términos: es en la medida en que está en condiciones de decretar el estado de excepción, que el poder es llamado poder soberano (Agamben, 2004:19, 33 y ss.). En el seno del espacio de excepción, la operación fundamental del espacio del poder se comprende entonces como la posibilidad de aislar, en cada sujeto, una vida nuda, vida irremediabilmente expuesta a la excepción soberana, y que en tanto tal, asegurará por consiguiente al poder una toma directa. El estado de excepción es así el reverso de la norma, *no lo contrario del orden instituido, sino el principio que le es inmanente*. El campo nombra este espacio en la historia reciente de un modo tan particular, que se convierte en el momento en el que la regla y la excepción se vuelven indiscernibles, y en el que, a partir de ahí, los límites del espacio de excepción tienden a disolverse y, de este modo, a generalizar la excepción como estructura, que ella misma tiende a concernir inmediatamente y sin interrupción al conjunto de los hombres.

crímenes que se han cometido y cualquiera que sea la denominación y topografía específica.

Y para constatar la tesis de la constitución de un campo así cita tanto al estadio de Bari (en el cual en 1991 la policía italiana amontonó provisionalmente a los inmigrantes clandestinos albaneses antes de enviarlos de nuevo a su país), como al velódromo de invierno (en el que las autoridades de Vichy recogieron a los judíos antes de entregarlos a los alemanes), así como al campo de refugiados junto a la frontera con España en cuyas cercanías murió en 1939 Antonio Machado, y las *zones d'attente* en los aeropuertos internacionales franceses en las cuales se detiene a los extranjeros que piden el reconocimiento del estatuto de refugiado. Actualmente no es ni necesaria, para tal acto, la petición de un reconocimiento así; con el simple hecho de viajar, es decir, con el simple hecho de cruzar una frontera, los aeropuertos ingleses y norteamericanos, y de paso los aeropuertos nacionales, se convierten en zonas de excepción.

Lo vimos en París hace un año, convertida la Ciudad Luz en una antorcha levantada por manos inmigrantes que lo que alumbró fue un gran *campo*. Fue declarado *toque de queda*, tal que todo lo que se moviera, o circulara, estaba en condiciones de ser detenido. Se hicieron cateos ante la sola sospecha de la policía de que se tenían armas. Escuché en esa época decir por Radio Francia a un alto personaje de la política nacional que los manifestantes estaban reaccionando como reaccionan los niños: aventando todo, dando de golpes, destruyendo lo que a su paso encontraban sin importarles nada. La pregunta, una vez más, no es por qué reaccionan como niños emberrinchados, sino cuáles son las condiciones sociales, políticas y jurídicas que han mantenido a los manifestantes en una posición de exclusión en el corazón de la claridad culta de Occidente, a tal grado que la única manera de manifestarse sea ésa, con lo único que tenían a la mano, con su... *identidad*, que les sirvió para tomar piedras y bombas. Recordemos que lo que detonó la situación incendiaria fue la muerte —al electrocutarse— de dos jóvenes que se escondían en una estación del metro para no pasar una revisión policiaca de *identificación*.

Bien decía, en sus *Días y noches de amor y de guerra*, Eduardo Galeano: ser joven es un delito. Lo era antes, lo sigue siendo ahora.

Distingamos en lo anterior algunos puntos y niveles.

La economía, la macroeconomía, hecha política soberana, transforma a esta última en biopolítica: impacta a los cuerpos³ ahí en donde lo que está en juego es lo que los sostiene, ese soplo tan caro para los griegos, la vida misma.⁴ La vida transformada en un “algo”, no sólo que se consume, sino que –y ésta es la aportación de nuestra contemporaneidad– consume, consume sin más. Ésta pasa a manos ya no del Estado, ante el cual estaríamos en condiciones de hacer efectivo nuestro derecho en tanto habitantes de su soberano territorio.⁵ El Estado en su condición de invisibilidad, de no-Estado,⁶ ha abandonado su

³ “[...] las leyes sobre la discriminación de los judíos han monopolizado la atención de los historiadores de la política racial del Tercer Reich. Sin embargo, no serán plenamente comprensibles hasta que no sean repuestas en el contexto general de la legislación y de la praxis biopolítica del nacionalsocialismo” (Agamben, 2004:163). La política eugenésica que identifica al nazismo debe ser tomada en su globalidad. No es hacer afrenta a la memoria de las víctimas judías del nazismo decir que la exterminación ha sido ante todo la consecuencia de una política que se quería la producción de un cuerpo biológico a partir de la destrucción de todo elemento sospechoso de degenerarlo: los judíos y los gitanos, pero también los enfermos mentales, los homosexuales y los bolcheviques, todos identificados a partir de la preocupación por la raza, y exterminados como vectores de degeneración. Por esos años en el estado de Veracruz se promulgó una ley eugenésica inspirada en los arrebatos nacional-socialistas alemanes.

⁴ La modernidad, cuyo comienzo sitúa Agamben en la formulación del *writ de Habeas corpus* en 1679, es aquello que desplaza el ejercicio de la soberanía sobre cada sujeto, quien se halla así inducido a reproducir, aplicando sobre sí mismo (y, en consecuencia, virtualmente sobre cualquier otro), la estructura de la excepción (Agamben, 2004:134-135).

⁵ De este modo, la continuidad entre nacimiento y ciudadanía, tal y como la postula la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, como fundamento del Estado-nación, no se postula más que sobre el fondo de un aislamiento previo de la nuda vida. Incluso si ésta no se explicita como tal, ella es la única que puede dar cuenta del hecho de que habrá, justamente, excepciones: si la figura del refugiado o del inmigrante sin papeles es hoy tan crucial, es porque revela el carácter definitivamente ilusorio de esta identidad entre nacimiento y nacionalidad en el marco del Estado-nación, y ahí pone a este último en crisis. Es ante todo, para responder a una tal crisis, que el poder nazi hará que la vida no solamente sea *investida* del principio de soberanía, sino que sea ella misma en tanto que tal “el *lugar* de una decisión soberana” (Agamben, 2004:154; subrayado *Retorno al campo...*). En este sentido, el Estado nazi puede ser pensado como el “primer Estado radicalmente biopolítico”, ya que se construye inmediatamente sobre la base de la decisión de cuál es “la vida que no merece vivirse”, y que es, bajo este enunciado, considerada como legítimamente suprimible.

lugar de representante de una nación y defensor de una soberanía; el Estado ya no es más el lugar desde donde se ejerce una soberanía, es el poder el que detenta⁷ la soberanía sobre la vida en todos los espacios de lo cotidiano.

Si la pregunta que propone Agamben en relación al campo es: *cuáles son los procesos jurídicos y los dispositivos por los cuales la tal reproducción se lleva a cabo*; y si acordamos que toda pregunta ética,⁸ por ejemplo, en el orbe de la educación, no rebela la advertencia del paradigma del campo, posiblemente estaríamos reproduciendo, sin más, la

⁶ Que el racismo y el antisemitismo hayan constituido elementos reales de la subjetivación nazi no está en duda, sino únicamente el hecho de que el racismo bastara para definir la política nazi: el telón de fondo de semejante discurso es el presupuesto según el cual nuestras democracias, precisamente fundadas sobre otras bases, serían por ello mismo por naturaleza heterogéneas a una política semejante. Remitir toda búsqueda que abandona tales postulados a una banalización criminal significa crear una policía de los enunciados, y hacer de “lo inconmensurable” y de “lo impensable” un *criterium* unificador a partir del cual evaluar todo pensamiento, brindando el espectro de la complicidad con los crímenes más abyectos, si no estamos sometidos a ellos. Sin embargo, el riesgo es claro cuando se trata de explicar el parentesco esencial entre las democracias contemporáneas y las políticas totalitarias (y, entre ellas, y de modo especial, el nazismo), de disolver las diferencias esenciales que existen entre ellas. Es por esto que Agamben toma la precaución de precisar: “La tesis de una solidaridad profunda entre democracia y totalitarismo (que avanzamos aquí, aunque sea con prudencia) no es, por supuesto [...] una tesis historiográfica, permitiendo la liquidación y nivelando diferencias manifiestas que marcan su historia y su antagonismo” (Agamben, 2004:18).

⁷ Incluso si el análisis de Agamben hace intervenir elementos históricos, su objetivo es desde el comienzo el de establecer la topología de la soberanía y, sobre esta base, descifrar nuestra contemporaneidad.

⁸ Para Agamben, es solamente a partir de la toma en consideración de eso que el hombre ha hecho integralmente la experiencia del no-nombre, de esa zona de lo humano, indiscernible de lo no humano, a donde ha sido conducido el musulmán, que una ética – como testimonio– puede existir, más lejos de la tradición humanista. Y quien no suscriba esta hipótesis de una paradigmaticidad del campo, no puede en todo caso hacer la economía de una confrontación con las conclusiones de Agamben, puesto que una ética que deja fuera de ella –que no permite pensar– “una experiencia como la de los campos de concentración y de exterminio, no puede más que reconducir, muy a su pesar, al gesto del verdugo, que excluye de lo humano una unión de hombres y su experiencia”. A partir de ahora, la fórmula más radical de la ética no-humanista se enuncia “el hombre es el no-hombre según una identidad que no es, ciertamente, una tautología, tampoco quizá simplemente dialéctica, y que nosotros quisiéramos llamar: transductiva” (B. Aspe y M. Combes, *Retorno al campo como paradigma biopolítico*).

estructura de nuestra sociedad en donde la singularidad de cada vida se convierte en un mero dato estadístico.⁹

Si *la intensa relación* a la que se refiere Marginson, entre otras cosas, está dada también por la misma situación familiar y social de los estudiantes, ¿dónde queda esta experiencia cuando llegan a la universidad?

Desenlace

Quizás estemos medianamente en condiciones de responder a una pregunta que quedó pendiente: ¿puede la universidad colocarse en otro lugar que no sea el de la reproducción del sistema imperante?

De acuerdo con el documento *Xochimilco*, las investigaciones que se realizan en la universidad (también por los estudiantes) estarían orientadas hacia la veta de los problemas sociales actuales, y así el estudiante, según dicho documento, se convertiría en un sujeto de transformación de la realidad social.

El documento citado, de acuerdo con los testimonios de los estudiantes, es revisado, en ocasiones, al inicio de su vida académica; sin regresar más a ser el fiel de la balanza del quehacer investigativo, éste queda confinado a la mera aplicación de ciertas técnicas y a la repetición de resultados.

¿Dónde queda la riqueza de lo singular?¹⁰ De la lectura de los textos de primera mano, digamos, de las fuentes primarias, tomemos en con-

⁹ El pasaje de *Homo Sacer* con el que hemos objetado la observación de Dal Lago prosigue así: “El judío, bajo el nazismo, es el referente negativo privilegiado de la nueva soberanía biopolítica y, como tal, un caso flagrante de *homo sacer*, en el sentido de que representa la vida que se puede suprimir impunemente, pero no sacrificar [...] La verdad, difícilmente aceptable para las propias víctimas, pero que no obstante nosotros debemos de tener el coraje de no recubrir de un velo sacrificial, es que los judíos no fueron exterminados en el curso de un holocausto delirante y desmesurado, sino literalmente, según las palabras de Hitler, ‘como piojos’, es decir, en tanto que vida nuda” (Agamben, 2004:125).

¹⁰ Si Agamben alcanza a poner en evidencia eso que en las socialdemocracias es de la misma naturaleza que en las políticas totalitarias, es ante todo porque construye la figura de un biopoder concerniente tanto a los flujos de mercantilización como a las biotecnologías y a las leyes de excepción. De este modo Agamben puede estar más próximo de eso que, en tanto que poder, define las mallas en las que se urde la realidad de nuestra experiencia.

sideración las entrevistas que se generan en las investigaciones trimestrales; en el horizonte de la psicología, no dejan de mostrar el contexto microsical en el que se producen y sostienen, y ¿dónde quedan los efectos de ese encuentro, de esa experiencia que gracias a la academia se realiza? ¿Dónde queda depositada esa malla, ese tejido social que en cada investigación se construye?¹¹

El resultado de nuestras investigaciones no impacta la estructura social, vaya, no vayamos tan lejos, o bien, tan a la estructura, el resultado de nuestras investigaciones posiblemente no nos impacta ni a nosotros mismos. Es la administración burocrática del *slogan* convertido en interrogantes que no nos dicen nada, que no hacen ni escuela ni tradición; nuestro hacer investigativo no llega quizás a transmitirnos nada, o bien, lo que nos transmite es un vacío.

El sistema educativo tecnificado, “modernizado”, decíamos al inicio, lo que hace es no transmitir ninguna experiencia, no hay transmisión, sino repetición.

Es pensable que el desplazamiento de las universidades públicas por el prestigio de las particulares sea, por un lado, el devaluar nuestro trabajo investigativo, y con él, el de los estudiantes y por lo tanto de lo investigado, y por otro la colusión de las instancias académicas privadas con la soberanía prestigiosa del poder.

En este panorama, donde el poder soberano llega sin más a la vida a flor de piel para decirnos que eso no vale la pena, a esa tendencia del ejercicio cotidiano de la biopolítica resta, nos resta, el desprestigio adosado a nuestros interrogantes. Dicho de otra manera, nos queda el derecho de interrogar... desde el vacío. Dado que del prestigio no nos podemos hacer cargo pues éste está tomado por el capital y las democracias contemporáneas, hagámonos cargo entonces de lo que produ-

¹¹ [...] Hay que entender por “sensible” a la vez la vida y la contingencia histórica surgida de las relaciones de poder. Pues en definitiva es esta relación entre vida y poder, central para Agamben (el *poder* soberano y la *nuda* vida), la que es desechada por Badiou, con un gesto que le hace igualmente rechazar la categoría de experiencia, de reenviarla a la pura y simple “situación normal”, y que como tal no ha sido tomada en consideración. Inversamente, en la perspectiva en la que se sitúa Agamben, heredero directo en este punto de Foucault, es a partir de esa relación que es pensable la trama de la experiencia: la manera en que la vida es puesta en las mallas del poder.

timos en nuestro afán de investigar... del vacío, otorguémosle un lugar a *sus testimonios*. Finalmente, si el soberano poder ejerce presión policiaca, lo hace en las paredes, no en su vacío.

Treinta rayos convergen en el círculo de la rueda
Y por el espacio que hay entre ellos
Es donde reside la utilidad de la rueda
La arcilla se trabaja en forma de vasos
Y en el vacío reside la utilidad de ellos.
Se abren puertas y ventanas en las paredes de una casa
Y por los espacios vacíos es que podemos utilizarla.

Lao Tse, *Tao Te King*

Bibliografía

- Agamben, G. (s/f). *¿Qué es un campo?*, consultado en http://www.oei.org.ar/edumedia/pdfs/T06_Docu4_Queesuncampo_Agamben.pdf
——— (2004). *Estado de excepción. Homo sacer II, 1*. Pretextos, Valencia.
- Aspe, B. y M. Combes, *Retorno al campo como paradigma biopolítico*, consultado en <http://multitudes.samizdat.net/Retorno-al-campo-como-paradigma.html>
- Galeano, E. (1978). *Días y noches de amor y de guerra*, Casa de las Américas, La Habana.
- Marginson, S. (2005). *Seminario de Educación Superior*, UNAM, México.